

Lorenzo Plana, *Autorretrato a lo lejos*, Valencia, Pre-Textos, colección La Cruz del Sur, 2017, 76 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.9.2018.CXII-CXIV>

Nueve años después de su anterior entrega, *Desorden del amanecer* (2008), Lorenzo Plana (Lérida, 1965) ha dado a la imprenta un nuevo libro de poemas. *Autorretrato a lo lejos* continúa y extiende una voz imprescindible —y sólidamente asentada— en el panorama de la poesía española contemporánea. Pero no exenta de una interesante evolución. *Autorretrato a lo lejos* toma título de los versos finales del poema final, «Autorretrato como infinito» (pp. 75-76), que resulta ser broche pero, como también indica, continuación: «El miedo no traiciona / a quienes dignifican la existencia. / Tal vez, sin darte cuenta, / la inmediatez de tu dolor / consigue que tú avances a lo lejos. // A lo lejos, allí donde no importe lo que te pase hoy.» (ibíd.). Una realidad *in via*, en términos de proceso, se configura como primera herramienta para analizar este volumen. Con un yo proyectándose, esa podría ser una de las características más interesantes del poemario, su sentido de infinitud, de prolongación narrativa inacabable en la cadena discursiva, como si los poemas fueran fragmentos de un discurso —a veces amoroso— inacabado, y el mismo libro a su vez fragmento de un discurso más amplio. El poema desborda su propio marco. Sin duda que este conjunto de poemas ofrece un prisma o aleph por donde mirar, desde el que contemplar el universo, un universo en expansión. «Valoraciones» (p. 30) resumiría buena parte de esto: «Observaba / a través de su telescopio / el gran amanecer del miedo. // Entonces no sentía. // Se dijo que aquel sol no era de verdad. // El universo entero estaba allí.» (p. 30).

Dividido sobriamente en tres partes sin títulos, equilibradas con once composiciones cada una, la estructura externa sencilla pone al servicio del lector los poemas sin intermediaciones modales o citas, sin interferencias en un torrente verbal, imaginístico e interpretativo que se potencia a cada paso, exponencialmente, y crece como un fractal. Un continuo fluido dialéctico y rizomático de antítesis, anfibologías, paradojas y contradicciones —en especial la *contradictio in adiecto*, una suerte de *contradictio in terminis*— enriquece los textos, entre otras figuras retóricas destacables, paralelo a una semántica explosiva puesta al servicio de una cosa y la contraria, de los choques de sentido y de sus complementos, de los recodos de la idea o de esas combinaciones conceptuales —que son también fenómenos o problemas de la expresión— que nos llevan en muchas ocasiones hacia una reflexión sobre

la propia obra, en una mirada hacia adentro que, sin embargo, ilumina hacia fuera, como manantial de poesía: «Recuerda, anótalo con fuerza: / si un libro tiene corazón de pájaro, / la muerte es la avería del crepúsculo / cuando nos da la vida rumbo hacia el paraíso.» (de «Yo buscaré en el mar», p. 31). *Autorretrato a lo lejos* no marca un camino, sino un rumbo. No es un sendero, sino una dirección, porque nosotros debemos descubrir ese paso que existe en el *hacia*: «Con un poco de suerte, / después de ese camino de vuelta a vuestra casa, / ya os espera la enorme facultad de querer a los vuestros.» (de «Buen puerto», p. 27). «Lo grande y lo pequeño» (ibíd.) se fusionan sincréticamente y gestálticamente en la mirada de ese ojo interior —*Innere Auge*— que vigila la inmundicia exterior: «Porque en el interior de vuestros ojos, / allá donde el que mira es verdadero, / agazapadas, / dos cucarachas más perfectas que eléctricas, / dos bichos esmeralda, / hacen que estalle, / desnuda, / la sordidez del mundo.» (ídem, p. 26).

En este sentido, la visión no es positiva («Hay una luz en la ventana y horroriza.», concluye «Mutación», p. 66), y desde el inicio se nos presenta un pozo envenenado («Hasta tu pudrimiento», de «La inteligencia ya la tenemos», p. 59), ya que la «Juventud» (p. 13) junta «la leyenda con la crueldad de aquel pasado.» (ibíd.), aceptando que no hay más juventud que la que hubo, pero deseando otra. Este hándicap o inadaptación del tono no es halagüeño desde el comienzo, pero tampoco importa demasiado —nuestro destino mortal se halla muy presente, véanse por ejemplo «Yo no he visto la muerte» (pp. 60-61) o «Viento helado» (pp. 64-65)— esta nota sombría, porque *Autorretrato a lo lejos* cavila sobre la vida desde múltiples, transversales y poliédricos aspectos con un lenguaje onírico maduro, traspasado de digresiones: «El universo es comprensible allá en el lenguaje.» (de «La nieve en el abismo», p. 14), a pesar de que «el lenguaje agrieta luces.» (ibíd.). Unas dosis ashberianas y suficientes e irónicas gotas de excentricidad no exenta de lucidez alientan este poemario, surtido por muchas frases sueltas, dotando al verso de entidad propia, fragmentos de pensamiento, imágenes, meditaciones, diálogos, esbozos, descripciones, argumentaciones, etc., todo revuelto y mezclado, presentado como un *continuum* poético, organizado por el *dictum* oracular que alumbra al poeta en la creación y en el ejercicio de la escritura. No todo es un marasmo, no obstante, ni mucho menos, sino que más bien se trata de una delgada línea roja que une en ciertos instantes algunos razonamientos, ideas, secuencias o pasajes, como la dialéctica dentro/fuera, que se impone en muchas ocasiones, «porque la vida erige en la mirada / el puñal más exacto del absurdo.» (de «Amistad», p. 17), y nos pregunta: «¿Acaso no intuisteis que nadie sale de sí mismo?» (ibíd.). *Autorretrato a lo*

lejos pasea su trazo desde el yo hasta el mundo, con una poesía magmática —materia textual— que no elude ninguna consideración molesta o incómoda, y que también se halla dispuesto a la felicidad o a la asunción de la belleza, como en el díptico «El silencio de la libertad» (pp. 57-58), quizás uno de los mejores poemas del libro: «Busca en la oscuridad, / busca en lo sospechoso, / pero jamás olvides que la belleza es limpia.» (p. 58). El poeta se habla a sí mismo y sabe que el misterio no oculta la belleza, sino que es el mecanismo que la desvela.

Mucho más podríamos decir de un libro magnífico y singular —un poeta imprescindible de la poesía española contemporánea—, pero los lectores deben adentrarse en sus páginas para desentrañar esa esencial verdad romántica que destila, esa razón poética, que es la razón de ser, que lo alumbra. Que nos alumbra.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada
juancarlosabril@yahoo.com